

UNA noche sofocante del 73, en una ciudad infernal, Paramaribo, vislumbré a través de la ventana de un bar a la mujer más bella de este planeta hostil. Era una javanesa alta de ojos de culebra y dientes de cuchillo, que se desplazaba entre el humo y las mesas atestadas, con el donaire de una princesa y con andares de gacela. La imaginé jugosa como un melón, flexible como un junco. La estuve observando con una mezcla de terror y deseo, temiendo quizá que se fijara en mí, ansioso por huir de aquel inhóspito lugar. Pero nada supe de ella en la noche de Paramaribo, ni ella supo de mí, creo que ni siquiera me vio.

Regresé al hotel, aturdido y desilusionado de mí mismo. Y me pregunté qué diablos hacía yo en esa horrible ciudad, caliente como la boca del infierno, olorosa a curry y mierda de perro. Desnudo en un estrecho cuchitril, que merecía el nombre de pocilga, encendí la radio, que a esa hora avanzada, cerca del amanecer, ofrecía un concierto de Bob Marley. La poderosa voz del cantante jamaiquino viajaba desde el fondo de la noche desgarrando láminas de aire, convocando claridades: «No woman no cry. / Good friends we have, oh, good friends we have lost / Along the way / In this great future / You can't forget your past / So dry your tears, I say. / No woman no cry». Tampoco yo puedo olvidar mi pasado, oh, amigos míos. Ah, si al menos hubiera susurrado a los oídos de la javanesa la letra de aquella canción –pensé. Apagué la

luz y cerré los ojos buscando en el fondo de la oscuridad la imagen de la mujer que había irrumpido en mi vida con la violencia de lo inesperado. Quería llevarla conmigo como un talismán. Quería grabarla en la memoria para la eternidad. Fue entonces cuando el recuerdo de un verso de Rilke vino a interrumpir mi ensoñación: «Porque la belleza no es más que ese grado de lo terrible que aún podemos soportar». ¡Maldición!

* * *

El año siguiente la soñé. Yo viajaba en un carguero extraído de alguna novela de Conrad, y un viento porfiado nos alejaba de las costas de Yakarta, nuestro puerto de arribo, luego de una dilatada travesía por el archipiélago indonesio. No sé cómo la javanesa logró abrirse paso hasta mi improvisado camarote, un toldo de lona ubicado en un rincón de cubierta. El viento zumbaba como un enjambre de moscardones sobre nuestras cabezas, y la recién llegada habló a gritos para hacerse entender. Me dijo que quería vivir conmigo, para toda la vida –precisó–, que la abrazara y me la llevara lejos de ahí, que estaba dispuesta a hacer todo lo que a mí se me antojara, pues su destino –insistió– consistía en complacerme y proporcionarme placer. Por alguna extraña razón yo sospechaba que ella sabía que la estaba soñando. A decir verdad, nunca había dejado de soñarla, pero esta era la primera vez que la esplendorosa javanesa se interponía en mi sueño. «¿Y si acaso la soñadora fueras tú?», le dije para ganar tiempo. Yo tenía conciencia de mi sueño, y una voz con cierto acento familiar me advertía en un susurro que si mi debilidad manifiesta me empujaba a atender las súplicas de la muchacha –«no me abandones entre los perros», recuerdo que dijo en un tono de voz empañado por la emo-

ción—, al despertar la encontraría a mi lado, y la perspectiva de un romance con una criatura hecha de rocío, ámbar e ilusión me paralizó. Desperté sudando frío y con un regusto a sangre y miel en el paladar.

* * *

La javanesa no se dio por vencida. Camino de Veracruz, en diciembre del 76, se me apareció bajo el disfraz de una campesina mexicana. Lucía un vestido verde de flores rojas que le sentaba bien. Y su piel tersa y reluciente, curtida por el viento y el sol, era una incitación al crimen. El demonio con traje de mujer, pensé cuando la vi venir.

Me abordó en una estación de autobuses mientras intentaba hacer una conexión que me llevara al sudeste, a Tabasco o Campeche —donde me aguardaba mi destino. Dicharachera y altiva como la reina de un país lluvioso, un tanto apurada pues el tiempo no corría a su favor, me contó que era de Coatzacoalcos y que en quince minutos se embarcaría en ese camión lleno de colorinches, rumbo a su tierra bonita, tra la la. Luego, saltándose todas las talanqueras de la seducción, me dijo a quemarropa: «Quiero que me acompañes, vente conmigo ahora mismo y serás mi macho para toda la vida». Y al notar mi azoramiento, pues yo estaba a punto de echar a correr ante aquella súbita declaración, habló en voz baja, convincente, como si quisiera confiarme un secreto: «No te asustes, hombre, nos casaremos si es necesario o si así lo quieres, y nada nos faltará. Soy hija única y mi padre es un hombre adinerado. Cultiva milpas que se pierden en la lejanía y cría caballos finos, vacas, chanchos y burros. Le gusta jugar al siete y medio, bebe y fuma tabaco. Lo conozco como la palma de mi mano, soy para él la niña de sus ojos, me complace en todo y sé que le caerás bien». La fila para comprar

los boletos comenzó a moverse y muy pronto estuvimos delante de la taquilla. La javanesa –pues sabía que se trataba de ella y de nadie más– no cesó de insistir en su propuesta. Compró dos pasajes para Coatzacoalcos, y yo el mío para Veracruz. Nunca supe por qué no tuve el coraje de seguirla. Lo cierto fue que un impulso irresistible tiraba de mí en otra dirección. Pinche cabrón, me dijo con su mirada de culebra antes de abordar el autobús.

* * *

Durante un tiempo anduve dando tumbos de aquí para allá. En Ámsterdam me aficioné a la ruleta rusa, y una noche loca en una taberna llamada La Naranja Mecánica obtuve como trofeo una pelirroja, húngara o rumana, no recuerdo bien, que olía a repollo cocido y que al cabo de una semana me dejó al borde del knock out. Visité ciudades asoladas por la peste: Brujas, Helsinki, Estambul, y una horrible parecida a la pesadilla de un alienado: Oldenburg. Paseando por el zoco de Marrakech, una mujer me atacó a mordiscos, y luego de que se hubo apaciguado, mostrándome sus dientes manchados con mi sangre me dijo que se llamaba Astrid. Sin disculparse agregó que me había confundido con un hijo de perra que la abandonó en un motel. Creí reconocer en ella a la chica de Paramaribo, pero me equivoqué.

Pasé una temporada inolvidable en una aldea de África Ecuatorial, explorando la selva tras la pista de algún Goliat, una especie rara de escarabajo que los traficantes de Abidján pagaban a precio de oro. Vivía entre los nativos, que me apreciaban como a uno de los suyos. Mientras reposaba en mi hamaca, al término de una jornada fatigosa me dejaba acariciar por una malinesa de ojos como azabaches, nalgas de greda y amianto, manos veloces de tahúr, caliente como un

fogón. Los Goliat escasearon y la muchacha de Malí se fugó con un Ingeniero Forestal.

Abandoné África y regresé a la incertidumbre y la improvisación. En París me establecí en un hotelito, cerca de la estación Denfert-Rochereau. Me hice amigo de Alejandro Pemón, un cineasta de mi país, que en un café me presentó a un curioso y risueño pintor japonés que se creía una encarnación de Dalí, y mis esfuerzos por convencerlo de que nadie puede posesionarse del espíritu de un ser vivo –para esas fechas Dalí gozaba de buena salud– resultaron en vano. Impartí lecciones de filosofía –baratas y a domicilio–: Heráclito, Parménides, Kierkegaard y Wittgenstein. Qué ironía, comer pan, cebollas y carne con mucha pimienta a costa de unas charlas insulsas sobre el ente y el ser –en el país de Pascal. *C'est bizarre!*

Maté tigres e intenté con poco éxito tocar el violín. Y ya al final de mi estadía tuve unos amoríos locos –y furtivos– con una adolescente bailadora de flamenco. Trenes de media noche, ambulancias, perros negros, dientes rotos, un invierno crudo y sin calefacción. De vez en cuando pensaba en la javanesa y se me hacía un nudo en la garganta. ¡Idiota de mí! –me reprochaba–, ¿por qué la dejaste ir?

Cansado de correr tras la quimera, quise poner punto final a aquel nomadismo de boy scout y volví a mi tierra natal. Allá tal vez encuentres sosiego –me decía a mí mismo, para darme ánimo, antes de partir. Construirás una casa bajo los cipreses, aprenderás a respirar. A lo mejor, quién sabe, te conviertes en apicultor.

* * *

En una ciudadela del gótico tardío, entre montañas, viví los momentos más felices de mi vida. Sin saberlo y sin que

interviniera para nada la voluntad, yo era feliz. Vodka, «Lucy in the sky with diamonds», atardeceres de cobalto, oxígeno, el Ángel de la Anunciación, películas de Fassbinder, paseos bajo la luna llena, luciérnagas y tiramisú. Durante dieciocho años y unos meses fui feliz. Hasta el día infausto en que un dios vengativo y cruel, envidioso de mi felicidad, me asestó un frío hachazo en mitad del cráneo. Entonces quedé flotando como una ínfima partícula en el espacio sideral. Y la esperanza, esa perra zalamera que me había acompañado hasta las puertas del infierno, se pintó de colores y nunca más volvió.

«O, teach us to outgrow our madness. Learning to walk. Learning to fly». Pájaro solitario, el verbo es volar. Plomo en el ala, pajarito, y en el pico encendido un coágulo de sangre. Adiós, adiós, *goodbye*.

Yo oscilaba como un péndulo estropeado. Escuchaba, noche tras noche, hasta que la fatiga me rendía, una canción de Pink Floyd, «Brain Damage»: «I'll see you on the dark side of the moon». Y un sueño persistente me acosaba: un frasco de mayonesa –donde Ella, cumpliendo un pacto sagrado, había guardado los restos de mi cuerpo convertidos en cenizas– caía en picada desde un helicóptero que sobrevolaba el páramo del Guirigay. Siempre me despertaba antes del impacto final. Leía a ratos, pero no hallaba ningún alivio en las páginas de Lao Tse ni en Chuang Tzu. Tampoco la religión de mis ancestros, que predicaba la resignación, me servía de consuelo. Cioran, ¿quién lo hubiera pensado?, me dio una pista: «¿Qué le ocurre, hombre, pero qué le ocurre? Nada, no me ocurre nada, es sólo que he dado un salto fuera de mi destino, y ahora no sé hacia dónde dirigirme, hacia qué correr...». El verbo es correr.

Un día, al amanecer, luego de una noche de insomnio total, tomé la decisión de huir a México. Allá quemaré mis na-

ves, como Cortés, me dije delante del espejo, desnudo y demacrado, con voz enronquecida de tanto fumar. El día anterior había recibido un fax: «Párala ahí, mi cuate. Dale por el hocico al demonio de la tristeza. Haz tu maleta y vente de una vez. Aquí te brindaremos nuestra solidaridad. Stop, stop. Firmado: Hernán». Lara Zavala, el otro Hernán –pensé.

* * *

Ciudad de México, finales del siglo XX. Una tarde de septiembre, a esa hora que llaman del Ángelus, saliendo de mi departamento de Donceles, la divisé. Desde lejos la reconocí entre el río de gentes que se desplazaban como hormigas en dirección al Zócalo. Si de verdad quería alcanzarla, debería darme prisa, pues caminaba a grandes zancadas como si huiera de algún tenaz perseguidor o como si acudiera apurada a una cita. Yo acababa de sostener una plática telefónica con Alejandro Rossi, y una frase del amigo filósofo se había quedado rebotando en mi cerebro reblandecido por el dolor: «Dime, Equus, queridísimo, ¿estás viviendo?». De más está decir que carecía de réplica ante aquella saeta que se me había clavado en el corazón. Sin embargo, al reconocer a la chica de Paramaribo algo en mi mente aletargada se despertó. El aire mismo, cargado de monóxido y partículas radiactivas, que yo iba manoteando como un boxeador, cambiaba de colores, se resquebrajaba delante de mí. Justo antes de llegar a la esquina de Palma alcancé a la javanesa, la tomé por un brazo y el sorprendido fui yo. Como si me hubiera estado observando a través de un espejo retrovisor, se detuvo sin sobresalto alguno, y al voltearse para mirarme vi en sus ojos color café chispas de alegría y complicidad.

–¡Qué pálido estás, Equus! ¿Qué te sucede? –dijo en un tono fresco y casual que me asustó.

—¿Cómo sabes mi nombre? —pregunté.

—¡Qué importa! Me lo dijo un pajarito o lo adiviné. Tengo una cita a ciegas en el Café de Tacuba. Y por lo que veo, supongo que el amigo secreto eres tú.

Vamos a ver, dijo un ciego —pensé. Y ahí mismo hubiera soltado una retahíla de insensateces. Hace ya más de veinte años que te ando buscando. En el fondo de un lago cenagoso te busqué. Creí hallarte en el envés de una hoja de plátano —a 18° bajo cero, invierno en Berlín. Enredada entre una maraña de bejucos, durmiendo en un autobús o en las figuras que dibuja el humo de mi cigarrillo. Pero aquella voz única, lenta y melodiosa, con un marcado acento del sur, me envolvía y me fascinaba como el canto del gonzalito al amanecer.

La sorpresa inicial de haberla encontrado, precisamente a ella, cuando ya había dejado de buscar, se fue transformando en una rara sensación de contento y embriaguez, difícil de definir. Agridulce, tal vez. Aunque resultaba extraño, no me sorprendía que luciera tan joven y bella, idéntica a la muchacha que había visto hacía ya más de veinte años en un bar de Paramaribo. ¿Era la misma? ¿Por supuesto que sí! ¿Qué había sucedido entonces? Nada de particular. Un leve sesgo en el tiempo, acaso un parpadeo. Y en el espacio, una traslación. ¿Qué más da! Cuando el objeto del deseo adquiere forma y sustancia delante de ti, las preguntas están de más. A pesar de esta hipótesis —de la cual estaba plenamente convencido—, creí justo alertar a la muchacha acerca de los peligros que la aguardaban si insistía en seguirle el juego a un loco suelto como yo.

—Lupe, Astrid, Rocío, Emilia, quienquiera que seas, debo hacerte una confesión —le dije, atropellando las palabras, aturdiéndome con mi propia voz—. ¡Vengo del infierno!

—¿Y dónde crees que estamos? ¿En Disney World? —respondió la javanesa con celeridad.

Ante aquel argumento no me quedó más remedio que jugarme el resto, como en el ajiley. Metí mis manos de tijera entre su cabello revuelto y la desafié.

—Vamos, muchacha, bésame los dientes.

Cerré los ojos y escuché un sonido como de campanas que repicaran bajo el agua. Vi panteras perseguidas por lebreles en un campo de golf. Sentí un aroma leve a trufas, tierra mojada y violetas guardadas en un cuaderno escolar. Supe que el tiempo se condensaba en mi boca golosa y en esa lengua con sabor a sangre y agua miel que buscaba la mía con avidez.

—Estás sangrando. ¿Te hice daño? —preguntó la javanesa, alejándose una pulgada de mi boca para respirar.

—La sangre es roja, el cielo azul, y verde la grama que crece en un lugar remoto, lejos del mar —dije yo, en un intento vano por atajar el torrente de recuerdos que amenazaba convertir la pantalla gris de mi cerebro en un campo minado, y adiós, cuates queridos, hasta aquí me trajo el río, adiós.

—¿Y el amor? ¿Qué sabes tú del amor? —Advertí en el tono de su voz un deje de colegiala que me enterneció.

—Yo nada sé de esa peste, amiga mía. ¿Y tú?

—Pues yo tampoco, estamos a la par. Pero he oído decir que el amor es más frío que la muerte.

Mis dientes rechinaron y el suelo de esta ciudad del Asia Central, asentada sobre el lecho de un lago, crujió bajo mis pies.

—¿Quién eres tú? —pregunté alarmado.

—Soy una mujer —contestó la javanesa, sin vacilar.

—Eso se nota a leguas —repliqué—. Lo que quisiera saber es qué haces aquí. A qué has venido. Quién te envió. Cómo te llamas. Esto y lo otro y lo de más allá.

—Yo misma no lo sé, te lo juro. No soy más que una mensajera. Creo que traía un mensaje para ti y lo olvidé.

–Vamos, muchacha. Basta ya. Llegaremos tarde a la cita.
(Lo del mensaje ya lo sabía, lo había leído en *Rayuela*:
«No hay mensaje, hay mensajero y ese es el mensaje»).

Corrimos, culebreando entre la multitud, en dirección al Eje Central. Entramos al Café de Tacuba dispuestos a devorar chiles, jumiles y una ración de cecina de Oaxaca. Dispuestos a bebernos una botella de tequila. Pues dicen que ese licor ardiente es un bálsamo que hace olvidar. Y el olvido, ya se sabe, es una de las máscaras más eficaces, por insidiosa, que elige el recuerdo para permanecer. Y de eso se trata, amiga mía, de avivarlo para que continúe alumbrando el resto de nuestros días como una estrella de primera magnitud.

Septiembre 3 de 1997